

DE LA NADA A LA POQUEDAD

(Variaciones sobre un tema ascético en la literatura del Siglo de Oro)

POR lo común, el sistema reflexivo sobre el alma y el cuerpo conllevó, entre los grandes maestros de la espiritualidad, el planteamiento de la cuestión en tres tiempos, inquisitivos de qué fueron —alma y cuerpo— antes de nacer el individuo, qué son mientras dura la vida humana y qué serán sobrevenida la muerte. Puede que esta sistematización tripartita o tritemporal encuentre formulizado su punto de partida en Séneca (1). Pero más interesante resulta advertir que el problema se suscitaba con un doble propósito: espolear el reconocimiento del beneficio de la Creación, así como el de la "poquedad" del hombre.

La tesis según la cual el alma era, previamente a su existencia, "nada", arranca de la *Biblia*, y fue asumida por la Patrística. He aquí, como ilustración, un breve texto de Doroteo, del cenobio primitivo, en el que se hace referencia a la nada originaria del ser humano:

"¡Ob Dios, que sois lleno de misericordia y que amáis tan tiernamente nuestras almas; vos, Dios mío, que nos habéis sacado

(1) Séneca, en efecto, escribe en *De brevi*, X, 2: "In tria tempora vita dividitur: quod fuit, quod est, quod futurum est".



de la nada por una bondad que no podemos explicar ni comprender..." (2).

A tenor de esta cita se comprueba que el asunto precede a San Agustín. Pero en el nivel teológico fue el "Águila de Hipona" el más calificado teórico de este tema ascético. A título de pequeña muestra especulativa, refirió un fragmento de las *Confesiones*:

"De nada fueron hechos por Vos, pero no de Vos, ni de una materia no vuestra ni que ya existiera de antes, sino de una materia concreta... creásteis esta materia de la pura nada" (3).

En las letras castellanas medievales, el leit-motiv se glosó con frecuencia. Como sea, empero, que el ámbito de este artículo se circunscribe al Siglo de Oro, ejemplifico a través de un único autor: Pero López de Ayala, en el *Libro rimado del Palacio*, recordaba que Dios creó al hombre "de nada" (4) y entendía que el reconocimiento de la miseria humana propicia la enmienda moral:

"Después que omne se mira e va considerando sus menguas e pecados, todavía alcançando va, por la grant graçia que Dios le va alumbrando conosçer cómo no es nada, e así emendada" (5).

El tema de la nada de procedencia implica, es obvio, la consideración del hombre como mísero, y como esencial sujeto de la "poquedad". En numerosos autores del Siglo de Oro ambos conceptos se conglomeran lingüísticamente, y se expresan juntos, "poquedad y miseria". Veamos cómo los plasma Pedro de Medina en un lugar textual al que, más adelante, se aludirá otra vez:

"Yo conozco... la miseria y poquedad deste mi cuerpo. Y abriendo mis ojos, veo, que así como es prestado para poco tiempo, así es poco y para poco" (6).

(2) Doroteo, XVII, *Patrología griega*, tomo 88, p. 1801, dentro de *Los Padres del Yermo*, Ed. Aguilar, (Madrid, s.a.), p. 294.

(3) San Agustín, *Confesiones*, Ed. Aguilar, (Madrid, 1952), pp. 661-2.

(4) Pero López de Ayala, *Libro rimado del Palacio*, Ed. Alhambra, (Madrid, 1978), vol. II, p. 442. (Edición, estudio y notas de Jacques Joset).

(5) Idem., p. 486.

(6) Cf. *Obras de Pedro de Medina*, C.S.I.C. (Madrid, 1944), p. 328. (Edición y prólogo de Angel González Palencia).



Refiriéndose simultáneamente al alma y al cuerpo, el asceta dominico Fray Luis de Granada abundó en la nadería ontológica con las palabras que siguen :

"...de muy poco tiempo a esta parte eras (a lo menos quanto al anima) nada, y fuiste ab eterno nada, y pudieras ser para siempre nada, que es ser menos que tierra, menos que ayre, y menos aún que una paja; finalmente, nada" (7).

Sin embargo, otros autores trataban por separado el "no ser" del espíritu y el de la carne. El Padre Antonio de Molina, por ejemplo, refiere que el cuerpo, antes de que Dios lo crease, "era un poco de cieno", según atestigua la *Biblia*. En cuanto al alma, dice :

"Considera lo que era el alma antes que Dios la criasse, y hallarás por buena cuenta, que era nada, esto es, privación de todo bien, y de todo ser... de suyo es nada, y siempre se inclina a la nada, y dexada a si misma, no sería más que nada" (8).

En el *Epistolario cristiano para todos los estados*, el Beato Orozco también menciona expresamente la nada original anímica :

"Bendito seais Vos, que si el cuerpo hicisteis de algo, el cual es corruptible y mortal, nuestra ánima hicisteis de nada, para que nada quiera y nada ame en el mundo, sino a Vos, Criador suyo y Señor" (9).

Francisco de Aldana, en su extraordinaria "Carta... para Arias Montano sobre la contemplación de Dios y los requisitos della", comunica al ilustre humanista cuánto gozo siente y cuán admirable le parece que Dios liberase su alma de la tiniebla de la nada:

(7) *De la Oración y Meditación*, dentro de *Obras de Fray Luis de Granada*, III, Pérez de Soto, (Madrid, 1756), p. 40.

(8) P. Antonio de Molina, *Exercicios espirituales de las excelencias, provecho y necesidad de la Oración Mental*, por Rafael Figuera, (Barcelona, 1613), pp. 122-4.

(9) *Epistolario cristiano para todos los estados*, dentro de *Obras de Fray Alonso de Orozco*, Imprenta de la Viuda e Hijos de J. Subirana, (Barcelona, 1882), p. 90.



*"Páreceme, Montano, que debería
 buscar lugar que al dulce pensamiento
 encaminado a Dios abra la vía,
 a do todo exterior derramamiento
 cese, y en su secreto el alma entrada
 comience a examinar con modo atento
 antes que del Señor fuese criada
 cómo no fué, ni pudo haber salido
 de aquella privación que llaman nada;
 ver aquel alto piélago de olvido,
 aquel sin hacer pie luengo vacío,
 tomado tan atrás, del no haber sido;"* (10).

En los escritos de Quevedo —tanto en su obra en prosa como en sus versos y en el epistolario—, el tema adquiere una relevancia inusitada. En *La cuna y la sepultura*, y concretamente en el capítulo primero, don Francisco propone, como segura receta para combatir la vanidad, el orgullo y el ensoberbecimiento, la meditación acerca de lo que era cada uno antes de su llegada al mundo: contra quienes creen "algo", el moralista advierte que con precedencia a su nacer nadie es; una vez nacido, apenas si representa nada, y al cabo de cierto tiempo ya no existirá. Léase:

"Buelve los ojos, si piensas que eres algo, a lo que eras antes de nacer, y ballarás que no eras, que es la última miseria. Mira que eres el que a poco que no fuiste y el que, siendo, eres poco, y el que de aquí a poco no serás; verás cómo tu vanidad se castiga y se da por vencida" (11).

En el momento textual recién citado hay un punto destacable que tiene que ver con el encuadre argumentativo que enmarca el tema. Quevedo inicia la reflexión diciendo: "Buelve los ojos... a lo que eras antes de nacer...", y lo cierra así: "verás cómo tu vanidad se castiga". Este montaje fue a menudo empleado por autores de espiritualidad. Constantino Ponce de la Fuente amonestaba con parecida fórmula: "Buelve atrás a lo que fuiste y mira

(10). Francisco de Aldana, *Epistolario Poético Completo*, Ediciones Turner, (Madrid, 1978), p. 66 (Noticia preliminar de A. Rodríguez-Moñino).

(11) Francisco de Quevedo, *La cuna y la sepultura*, Anejo XX del BRAE, (Madrid, 1969), p. 29 (Edición crítica, prólogo y notas de Luisa López Grigera).



que hallarás quan mal arbol y quan mal fruto". Y concluía: "Castigarán juntamente tu soberbia" (12).

En el mismo libro quevediano, y dentro del apartado "Modo de resignarse en la voluntad de Dios nuestro Señor", se hace pública la conciencia plena de que la grandeza del Todopoderoso creó al hombre de la nada (13). Pero más granado aún, si se atiende a la vertiente estilística, es un pasaje del apéndice a *La cuna y la sepultura* titulado *Doctrina para morir*. Quevedo protesta ahí una profesión de fe a modo de oración del moribundo donde observa que el pecador ha de reconocer que antes de su arribada al mundo estuvo muchos años sin poseer entidad alguna, y por este motivo únicamente el hecho de llegar a ser algo, a ser tierra, y pronto ceniza, ya roza lo prodigioso si se templa la impotencia de la miseria humana:

"Señor mio Iesu Christo, Dios y ombre verdadero, yo, miserable gusano, que aviendo pasado tantos siglos antes de mi nacimiento sin ser algo, el aver sido algo, y ser tierra, y ya ceniza, es prodigio para la incapacidad de mi miseria, confieso a Ti por Dios todo poderoso..." (14).

Hay un texto prosístico de Quevedo que se sitúa muy próximo al que aquí se acaba de glosar. Me refiero a un pasaje de la obra *Nombre, origen, intento, recomendación y decendencia de la doctrina estoica*, donde el autor de los *Sueños* desarrolla idéntica idea que en *La cuna y la sepultura*, se recrea incluso en parecidas formulaciones lingüísticas, y tira igualmente del vocablo "poco":

"Acordábanse (los estoicos) del mucho tiempo en que fueron; sabían que hacía poco tiempo que eran. Veían que eran poco y para poco tiempo, y creían que cada hora era posible que no fuesen" (15).

En la carta (1635) a don Manuel Serrano del Castillo, Quevedo asegura que "vivimos tiempo", y luego reincide en semejantes términos a los usados

(12) Cf. *Beatus Vir: carne de boguera*, Ed. Nacional, (Madrid, 1977), p. 159.

(13) Idem., p. 110

(14) Ibídem., p. 117.

(15) *Obras Completas de don Francisco de Quevedo Villegas*, M. Aguilar editor, (Madrid, 1932), p. 749 (Edición por Luis Astrana Marín).



en *La cuna y la sepultura* para expresar la condición mísera del existir: "Lo que fue, como no es, no puede dejar de haber sido; lo que es, como no era poco antes, dejará de ser poco después" (16).

En uno de los más densos poemas metafísicos de Quevedo se plasman, en apretados versos, varios de los núcleos de contenido de *La cuna y la sepultura*. Juan Manuel Blecua, tan buen conocedor de la obra de don Francisco, llamó la atención hacia las convergencias del fragmento en prosa que se produjo al principio, y el cuarteto que se traslada ahora:

• "¡Fue sueño ayer; mañana será tierra!
¡Poco antes nada; y poco después, humo!
¡Y destino ambiciones, y presumo
apenas punto al cero que me cierra!" (17).

Pero es posible referir todavía otros versos quevedianos a propósito, como un par del soneto metafísico que empieza "Vivir es caminar breve jornada", poema donde también se comprimen aquellos conceptos:

"Nada que, siendo, es poco, y será nada
en poco tiempo, que ambiciosa olvida" (18).

Véase además el soneto amoroso titulado "Amor que sin detenerse en el afecto sensitivo pasa al intelectual", cuyo segundo terceto se inicia con el verso "El cuerpo es tierra, y lo será, y fue nada" (19).

Prosiguiendo el rastreo a través de su poesía original, se encuentran nuevas alusiones a la nada originaria. Así, en el soneto "A una iglesia muy pobre y obscura, con una lámpara de barro", Quevedo dirá que esa "medrosa luz"

"arde ante ti, que un tiempo, de la nada,
encendiste a la aurora resplandores" (20).

(16) *Epistolario Completo de don Francisco de Quevedo Villegas*, por Luis Astrana Marín, Instituto Editorial Reus, (Madrid, 1946), pp. 315-6.

(17) Francisco de Quevedo, *Obras Completas, I, Poesía Original*, Editorial Planeta, (Barcelona, 1963), p. 5, (Edición, introducción, bibliografía y notas de José Manuel Blecua).

(18) *Idem.*, p. 11.

(19) *Ibidem.*, p. 70.

(20) *Id.*, p. 174.



En los versos satíricos de don Francisco tampoco falta este asunto, como se comprueba en el poema dedicado "A una mujer flaca":

*"Hijos somos de Adán en este suelo,
la Nada es nuestro abuelo,
y salístele vos tan parecida,
que apenas fuísteis algo en esta vida"* (21).

Y, finalmente, en una canción de rúbrica un tanto prolija, "Épitalamio en las bodas de una vejeísima viuda, con cien ducados de dote, y un beodo soldadísimo de Flandes, con calva original", se mofa de una vieja "parienta muy cercana al primer nada" (22).

A modo de consideración final

A lo largo de este artículo se demuestra cómo el tema de la nadería del hombre fue bastante socorrido en la literatura del Siglo de Oro, y en la pluma de Quevedo se convirtió en un leit-motiv recurrente. Desde un prisma ideológico, puede afirmarse que ningún escritor de los aducidos desarrolla el asunto con conceptos de marcada originalidad. Pero en el plano estilístico la cuestión cambia: Quevedo, en este nivel, se revela como el autor de sesgos más sobresalientes.

En efecto: Quevedo reitera fórmulas especialmente conseguidas y que han merecido abundantes comentarios críticos. La frase de *La cuna y la sepultura*, por ejemplo, "eres el que a poco que no fuiste" tiene su paralelo en *Doctrina estoica*, "hacia poco tiempo que eran"; asimismo en el verso "¡Poco antes, nada", y también en un lugar de la epístola a Serrano del Castillo, en la que se leía: "lo que es, como no era poco antes". Estos registros responden y casan con lo expresado en un epitafio que dedicó en 1610 Quevedo al malogrado Luis Carrillo y Sotomayor: "qui paulo ante viva umbra fui" (23). Resulta notable, además, el recreo quevediano en la palabra "poco". Revítese el texto de Pedro de Medina, y se notará cómo el juego con este vocablo venía dado ya por tradición, hasta el punto de que algún giro parece típico:

(21) Id., p. 622

(22) Id., p. 635.

(23) Cf. la edición, ya citada, de la prosa de Quevedo a cargo de Astrana Marín, p. 1.307.



MEDINA: así como es prestado para poco tiempo, así es poco a poco.

QUEVEDO: hacía poco tiempo que eran. Veían que eran poco y para poco (*Doctrina estoica*)

Sin embargo, don Francisco reacuña esas expresiones, y las engasta por doquier. Repárese igualmente en la insistencia con que usa la voz "algo". Contrastando con los autores espirituales citados, sorprende a primera vista que con el término "nada" no se permita las familiaridades esperables. Quizá por inseguridad ideológica no quiso arriesgarse con un vocablo que, según y cómo se inscribiese en la frase, era capaz de despertar sentidos sospechosos de herejía. No se olvide que una de las proposiciones de Eckehart sostuvo precisamente la tesis de que el ser humano es "nada", tesis que fue condenada por una Bula de Juan XXII, quien la dio en Avignón en 1329 (24). Si se repasan las citas de Granada, Molina y Orozco se aprecia cómo esos religiosos transitan con comodidad y firmeza teológica cuando remachan una y otra vez la nadería del ser. Quevedo, en cambio, no se atreve. Conoció que el camino del juego idiomático le podía jugar la mala rasada de que la materia verbalmente avvicinara en la peligrosa zona en que cayeran los quietistas españoles, que, con Miguel de Molinos al frente, basaron su experiencia, que él distaba de compartir, en las ideas de Eckhart.

(24) Eckhart, *El libro del consuelo divino*, Ed. Aguilar, (Madrid) 1973), p. 86.

